

Los casos de Rafael Caldera y Alberto Fujimori

Liderazgo y aprendizaje político

Aníbal Romero

INTRODUCCION. *El propósito de este estudio es comparar y contrastar los procesos políticos dirigidos respectivamente por Rafael Caldera en Venezuela y Alberto Fujimori en Perú, así como los estilos y contenidos del liderazgo de ambos personajes. La tesis que desarrollo es que las diferencias y similitudes en el desempeño y las políticas de ambos líderes hunden sus raíces en las lecciones que ambos extrajeron de las experiencias vividas por sus respectivos países, en especial durante los años inmediatamente anteriores a su llegada al poder (Caldera en 1993 y Fujimori en 1990). Además, esos contrastes tienen que ver con las peculiaridades de la visión del mundo y de la política de ambos personajes. Argumentaré que, a pesar de las evidentes diferencias entre estos políticos, existen también ciertas similitudes en la naturaleza o tipo de liderazgo que ejercen Caldera y Fujimori, por sus características autoritarias y populistas, así como también por sus posibles consecuencias para sus respectivas sociedades y regímenes.*

Mi intención es destacar lo que considero son los elementos fundamentales del principal desafío que ahora enfrenta América Latina en general, y Venezuela y Perú en particular. Ese desafío no es otro que el de responder activamente y adaptarse creativamente a los cambios que se están produciendo en el escenario internacional, y que amenazan —si los mismos no son asumidos con la necesaria claridad conceptual y eficacia política— con dejar de lado a América Latina en una posición internacional peligrosamente marginal, aún más frágil y vulnerable de la que ya la caracterizan, condenando a grandes masas a una definitiva desesperanza. El desempeño de Caldera y Fujimori será entonces evaluado en función de cómo han concebido y de qué modo han respondido ante ese desafío: ¿han sido capaces de entender su verdadera naturaleza y la dimensión de sus exigencias? ¿Han logrado transmitir a las colectividades que gobiernan un adecuado sentido acerca de lo que ocurre actualmente en el entorno internacional y sobre lo que ello significa e implica para sus respectivas sociedades?

Un tema complementario de estas páginas se referirá a la presunta "consolidación democrática" en América Latina en tiempos recientes. Argumentaré, por un lado, que cuando se habla de estas democracias como "incompletas", "híbridas", "tutelares", "pervertidas", "inestables", etcétera, se evoca la imagen de que estos regímenes políticos se hallan de alguna manera "en camino" o bien hacia un destino superior —un régimen similar al prevaleciente en Estados Unidos y en varios de los países de Europa Occidental— o bien en peligro de retroceder hacia previas modalidades de autoritarismo con predominio militar¹. Esta, sin embargo, es una imagen engañosa, pues de hecho las democracias latinoamericanas —y me refiero acá en especial a los casos de Venezuela y Perú— bien pueden estar estancadas o "congeladas", y no estar dirigiéndose a parte alguna, excepto quizás a un estado de degradación permanente, caracterizado por la aguda inseguridad de personas y bienes, la anomia popular generalizada, y la erosión sistemática del Estado de Derecho, en medio del fortalecimiento del poder de pasajeros líderes populistas, de una persistente crisis económica, y del empobrecimiento continuo de las mayorías.

Por otro lado, sostendré que es necesario someter a una severa crítica el desempeño de estos presuntos líderes, y que el papel de un liderazgo esclarecido tiene gran importancia para la maduración de la democracia desde el punto de vista ético y político. Considero que se impone rechazar ciertas formas de chantaje ideológico, que debilitan la capacidad crítica bajo el pretexto de que los regímenes ahora imperantes en América Latina son democráticos, y por ello, supuestamente, superiores a todo lo que vino antes o en todo caso merecedores de especial comprensión e indulgencia.

En síntesis, la interrogante central que constituye el objeto de análisis de este artículo es ésta: ¿han sido capaces, Rafael Caldera y Alberto Fujimori, de dar respuestas exitosas a los desafíos fundamentales que ahora enfrentan sus respectivas sociedades?

* * *

El liderazgo como concepto normativo

AMÉRICA LATINA SE ENCUENTRA ATRAVESANDO un período caracterizado por grandes dificultades y desafíos. Los profundos cambios que han tenido

lugar en el sistema internacional, y el fracaso doméstico del populismo clásico² y del desarrollismo militarista, han colocado a la región ante el imperativo de emprender

reformas económicas pro-mercado con la creación y/o preservación de regímenes democráticos —aunque estos últimos son usualmente descritos como defectuosos, delegativos, congelados, propensos a la crisis, restrictivos, exclusionarios, e inestables, entre otros calificativos³.

Este proceso combinado ha conducido en varios casos —Argentina, Perú y Venezuela, entre otros— al surgimiento de realidades políticas que combinan el cambio económico neoliberal o la reacción ante el mismo, con la aparición de liderazgos personalistas fuertes, de carácter autoocrático, que contribuyen a la erosión de las instituciones democráticas tradicionales y a la primacía del poder ejecutivo⁴. Algunos autores se han referido a estos líderes como "caudillos minimalistas"⁵, queriendo con ello señalar que su poder no es absoluto, aunque sí significativamente mayor que el usual entre los jefes de gobierno de las democracias occidentales avanzadas.

Este panorama político ahora predominante en América Latina puede ser estudiado desde la perspectiva de la teoría Weberiana del "liderazgo democrático plebiscitario"⁶. La importancia de esta teoría para el caso que nos ocupa reside, por un lado, en el énfasis que Weber coloca sobre el líder como fuente e instrumento de innovación política, asegurando la supremacía de los factores políticos sobre los burocráticos y económicos, y como figura capaz de responder creativamente ante situaciones complejas, abriendo nuevas opciones a la sociedad y conduciéndola acertadamente hacia adelante. Por otro lado, se destaca la concepción Weberiana del líder plebiscitario como respuesta a las tendencias desintegradoras presentes en la democracia liberal-capitalista, con sus tensiones derivadas del conflicto entre clases sociales así como de la búsqueda de los intereses materiales de cada individuo⁷. Marx estaba convencido de que las tensiones entre clases sólo podrían ser superadas a

- 1/ Catherine M. Conaghan y James Malloy, *Unsettling Statecraft: Democracy and Neoliberalism in the Central Andes*. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 1994, pág. 204.
- 2/ Véase Kenneth M. Roberts, "Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case", *World Politics* 1, octubre 1995, págs. 82-116.
- 3/ En torno al actual proceso de democratización en América Latina, véase Karen Remmer, "The Process of Democratization in Latin America" *Studies in Comparative International Development*, 4, winter 1992-1993, págs. 3-24.
- 4/ Carlos M. Vilas, "Entre la Democracia y el Neoliberalismo: Los Caudillos Electorales de la Postmodernidad", *Socialismo y Participación*, 69, marzo 1995, págs. 31-43.
- 5/ Marcelo Cavarozzi, *El Sentido de la Democracia en la América Latina Contemporánea*, Santiago: Ediciones FLACSO- Chile, 1993, mimeo, pág. 25.
- 6/ Max Weber, *Political Writings*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994, págs. 209-233; 304-369.

través de la "abolición" del capitalismo. Weber, por el contrario, sostuvo que era indispensable reconocer la "necesidad objetiva" del capitalismo. De igual modo, argumentó que la tarea central de un liderazgo político responsable era la de apartar a la gente de una percepción clasista y limitada de su posición en la sociedad, y orientarles hacia la toma de conciencia sobre la importancia de preservar un orden basado en la democracia y el capitalismo⁸.

Conviene recordar que la llegada al poder de políticos como Fujimori, Caldera, Menem y Collor de Melo coincidió con —y en alguna medida fue resultado de— el acelerado y hondo deterioro de las instituciones democráticas fundamentales en sus respectivos países: partidos políticos, parlamento y poder judicial. En estas circunstancias, el vacío político creado por la erosión de las democracias populistas y/o el derrumbe del autoritarismo militar, abrió las puertas al tipo de líder carismático "elegido en virtud de sus cualidades demagógicas personales"⁹. Esas mismas condiciones de deterioro generalizado, crisis económica e institucional, apatía popular y desconcierto de las élites tradicionales, han dado a

estos líderes la oportunidad no sólo de acrecentar su poder personal, sino también —y principalmente— de actuar como verdaderos innovadores, en primer lugar explicando a sus sociedades la naturaleza de los retos a que están enfrentadas, y en segundo término persuadiendo y movilizando a las mayorías en función de un programa de transformaciones económicas y políticas capaces de colocar a esas sociedades en una posición más competitiva y menos vulnerable en el contexto regional y mundial, acrecentando su productividad y deteniendo su empobrecimiento.

Como veremos, esta función creativa no ha sido ejecutada por los personajes que serán objeto de nuestra atención en este estudio —Caldera y Fujimori— aunque es indispensable aclarar que existen diferencias en su desempeño respectivo, y que en el caso de Fujimori puede razonablemente afirmarse que en el terreno económico el político peruano ha adoptado decisiones correctas, ajustadas a la naturaleza del reto histórico que enfrenta su país.

La teoría Weberiana del liderazgo carece de un adecuado sustento que permita evaluar la actuación de los líderes más allá de

su mera capacidad demagógica para movilizar a las masas y unificar a la sociedad. Como lo señala Mommsen, la teoría sociológica de Weber (al menos en intención):

"prescribe el concepto de carisma tanto para los buenos como para los malos demagogos. Con su tesis de que las masas deben aclamar a sus dirigentes solamente sobre la base de sus cualidades formales de liderazgo, Weber abrió las puertas en principio a una visión subjetivizada de la política... La democracia de líderes se caracteriza, argumentó, por la 'cualidad emocional instintiva de sumisión a un líder en quien se confía, por el deseo de seguir a un líder al que se percibe como extraordinario, que hace las mayores promesas, que sabe como ganar apoyos'. Es por tanto sorprendente que Weber no profundizase más en el problema de si el liderazgo plebiscitario-carismático de un gran demagogo, como él lo describía, no podría tal vez degenerar en la subjetivación y emocionalización de la vida política y culmina finalmente en una autocracia carismática"¹⁰.

En tal sentido, creo acertada la tesis de Mommsen que apunta hacia una cierta continuidad entre

las teorías constitucionales de Weber y su visión del liderazgo con el "decisionismo político" de Carl Schmitt¹¹. También Schmitt estipuló la necesidad de líderes capaces de suscitar "la confianza de todo el pueblo más allá de los límites y esquemas de las organizaciones y burocracias partidistas, no como un hombre de partidos sino como un hombre con la confianza de *todo* el pueblo"¹². Ahora bien, a mi modo de ver, constatar y hasta estimular el acrecentamiento del poder personal del líder y de su capacidad de decidir no son elementos suficientes para evaluar su desempeño; para esto último se requiere adicionalmente analizar el contenido y sentido de sus decisiones: ¿son éstas respuestas adecuadas a los retos concretos de una determinada sociedad en tiempos de crisis?

Las anteriores interrogantes señalan la necesidad de adoptar una concepción *normativa* del liderazgo, que permita la evaluación del desempeño de aquellos personajes colocados en la posición no sólo de influenciar a la comunidad para que esta última les siga de acuerdo a *su* visión personal, sino de influenciarle a objeto de que la comunidad sea capaz de afrontar *sus* propios problemas¹³. En este sentido,

7/ Véase David Beetham, *Max Weber and the Theory of Modern Politics*, London: Polity Press, 1985, págs. 215-249.

8/ *Ibid.*, pág. 248

9/ Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics*, Chicago: The University of Chicago Press, 1984, pág. 406.

10/ *Ibid.*, pág. 408. Véase igualmente W. J. Mommsen, *The Political and Social Thought of Max Weber*, Chicago: The University of Chicago Press, 1989, págs. 24-43; 86-120; 169-196.

11/ Véase Paul Hirst, "Carl Schmitt's Decisionism", *Telos*, 72, summer 1987, págs. 15-26.

12/ Citado en Mommsen, *Max Weber*, pág. 383.

ejercer el liderazgo implica y exige generar un proceso de adaptación por parte de la gente, esto es, “el aprendizaje que se requiere para enfrentar los conflictos en los valores de la gente, o para disminuir la brecha entre esos valores y las realidades que enfrentan”¹⁴.

Existe, pues, una estrecha relación entre, por un lado, la noción normativa del liderazgo —entendido como trabajo de adaptación¹⁵— y por otro lado el concepto de aprendizaje político. Siguiendo a Parsons, pienso que la explicación de la evolución de las sociedades se encuentra en el crecimiento de su “capacidad generalizada de adaptación”¹⁶. Ello implica que, cuando las sociedades hacen frente a situaciones de desequilibrio, pueden ocurrir tres tipos de respuesta. Primero, si el problema en cuestión no representa un nuevo desafío, el repertorio normal de respuestas puede ser suficiente y restaurar el equilibrio social con éxito. Segundo, cuando la sociedad en cuestión carece de una solución para el problema, puede sin embargo intentar responder con medidas

tradicionales y restaurar el equilibrio a corto plazo, pero al costo de severas consecuencias a largo plazo. Por último, la sociedad puede *aprender* a superar el nuevo desafío con respuestas innovadoras¹⁷. En todos estos casos, tanto en las situaciones en que la sociedad se muestra capaz de responder innovadoramente como cuando falla o se paraliza, el papel de los líderes es con frecuencia relevante y muchas veces puede ser decisivo.

Existe cierta confusión en la literatura en torno al peso que debe atribuírsele al factor liderazgo en los procesos sociales. No comparto la opinión de Linz según la cual el liderazgo es una “variable residual” que “no debe ser introducida antes de que el poder explicativo de otras variables se extenúe”¹⁸. Pienso que Max Weber tiene una más adecuada concepción del asunto cuando apunta que, si bien por sí solo el factor liderazgo no “crea” el resultado de los procesos sociales, *sumado a otras fuerzas que se dirigen en una misma dirección* “es suficiente para colocar el balance total en favor de un posible

resultado en lugar de otro”¹⁹. Esta visión del liderazgo se enmarca dentro de la teoría social Weberiana, que intenta asegurar la supremacía de lo político sobre lo burocrático y también sobre lo económico²⁰. La función de la política y del liderazgo, tal y como la entiendo en este contexto, consiste en identificar y diagnosticar los desafíos²¹, contribuir a un proceso de aprendizaje que a su vez señale un curso de acción, y movilizar a la comunidad en busca de su adaptación ante las exigencias del nuevo reto. En síntesis, liderazgo significa el desarrollo de la capacidad de adaptación de la sociedad.

Las sociedades pueden mostrarse incapaces de adaptarse a nuevos desafíos. En primer lugar, hay casos en los cuales no se percibe adecuadamente la naturaleza del reto. En otras ocasiones, la sociedad puede percibir el reto, pero éste puede simplemente resultar excesivo y superar la capacidad cultural de adaptación. Finalmente, en numerosas ocasiones la gente es incapaz de adaptarse debido al trauma emocional generado por el problema y los cambios que éste

exige en los valores, tradiciones y actitudes de las personas²². La tensión producida por el reto puede a veces ser tan aguda que suscita una actitud de escapismo y de rechazo a admitir que nuevas e intensas exigencias están siendo generadas por un medio ambiente cambiante.

El factor liderazgo puede en ocasiones constituir la diferencia en la capacidad de una sociedad para adaptarse o no. Para lograr esa adaptación, un proceso de aprendizaje debe tener lugar. Siguiendo a Bermeo, defino el aprendizaje político como un proceso a través del cual los actores sociales (los líderes y la gente en general) modifican sus creencias y actitudes como resultado de significativos cambios que tienen lugar en el entorno²³. Este proceso puede ser *creativo* si es capaz de aumentar la capacidad de absorción de información del medio ambiente externo por parte de los actores sociales; *meramente viable* si el proceso no aumenta ni disminuye esa capacidad; o *patológico*, si el proceso reduce la capacidad de los actores sociales para aprender y controlar su conducta²⁴. La peor combinación posible, en relación a

13/ Ronald A. Heifetz, *Leadership Without Easy Answers*, Cambridge Harvard University Press, 1994, pág. 14.

14/ *Ibid.*, pág. 22.

15/ En torno al concepto de liderazgo, véase W. E. Rosenbach y R. L. Taylor, eds., *Contemporary Issues in Leadership*, Boulder: Westview Press, 1989.

16/ Talcott Parsons, *The Evolution of Societies*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1977, págs. 10-18.

17/ Heifetz, *Leadership*, págs. 35-36.

18/ Juan Linz, “Crisis, Breakdown and Reequilibration”, en J. Linz and A. Stepan, eds., *The Breakdown of Democratic Regimes*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1978, pág. 100.

19/ Citado por R. Bendix, *Max Weber: An Intellectual Portrait*, London: Heinemann, 1960, pág. 269.

20/ Beetham, *Max Weber*, pág. 217.

21/ Robert, C. Tucker, *Politics as Leadership*, Columbia: The University of Missouri Press, 1981, págs. 18-19.

22/ Heifetz, *Leadership*, pág. 37.

23/ Véase Nancy Bermeo, “Democracy and the Lessons of Dictatorship” *Comparative Politics*, 3, abril 1992, págs. 273-291.

24/ Karl Deutsch, *The Nerves of Government*, New York: The Free Press, 1963, pág. 169.

la capacidad de adaptación de la sociedad, es aquella en la cual tanto la comunidad como sus presuntos líderes llevan a cabo un aprendizaje patológico. Si tanto los líderes como la comunidad aprenden creativamente, las probabilidades de una adaptación exitosa ante las exigencias de nuevos desafíos aumentan considerablemente. Ahora bien, si las características

del reto son particularmente complejas, y la comunidad lo encuentra difícil de percibir, excesivamente exigente o angustioso, corresponde a los líderes cumplir su misión, que no es otra que la de ayudar a los demás a enfrentar sus problemas, elevándolos a la altura de los desafíos que requiere la adaptación a un entorno cambiante.

El desafío contemporáneo para las sociedades latinoamericanas

POR DÉCADAS, AMÉRICA LATINA HA BUSCADO EL DESARROLLO. La meta se ha mostrado evasiva. Si bien, en términos generales, puede afirmarse que ése sigue siendo el objetivo principal de las sociedades latinoamericanas —es decir, el logro de la modernización, de la democracia liberal, la prosperidad económica de las mayorías y la competencia internacional— las *condiciones* que hacen posible ese propósito presentan actualmente características bastantes diferentes a las existentes hasta hace sólo pocos años.

Los enormes cambios acaecidos en el marco internacional contemporáneo, a raíz del naufragio de la URSS, de la acelerada agonía del socialismo, del vigor del sistema capitalista, y de los masivos cambios tecnológicos y de métodos productivos en las más avanzadas sociedades del planeta,

tienen profundo impacto y significado para la América Latina. En resumen, las dramáticas transformaciones generadas por la globalización de la economía y las incesantes revoluciones en la tecnología amenazan con dejar atrás definitivamente a sociedades y regiones enteras, que sumarían a los bien conocidos males que las aquejan —pobreza y atraso generalizados, violencia y desesperanza— la radical carencia de una opción hacia el porvenir. Por un tiempo, entrar en la ruta de la modernización, con base en la economía de mercado, la democracia liberal, y la adopción de los valores asociados con el progreso material, pudo parecer una simple opción, siempre abierta para ser asumida o dejada de lado. Ya hoy la realidad es diferente. Hay una sola y única opción, pues la otra es la de rendirse ante el atraso cultural y técnico. En las duras palabras de Castells,

“Dentro del marco de la nueva economía de la información, una parte significativa de la población mundial se está moviendo desde una posición estructural de explotación a una posición estructural de irrelevancia”²⁵.

En las nuevas circunstancias imperantes internacionalmente, ganadores y perdedores están definiéndose aceleradamente, en términos de su capacidad para adaptarse a cambios masivos en la división global del trabajo. El esfuerzo estructural de adaptación que exige este mundo que ahora toma forma no puede ser subestimado; los requerimientos de productividad y competitividad son de tales dimensiones, que bien pueden superar —y de hecho, así está ocurriendo de modo inequívoco en África— la capacidad de respuesta de extensas regiones del planeta y la mayor parte de de sus inmensas poblaciones. Para los gobiernos de numerosos países en Asia, África, América Latina y otras partes, la tarea se concreta más que nunca en función de educar a sus ciudadanos para participar ventajosamente en el nuevo mercado mundial, y de esa manera acrecentar sus niveles

de vida, aumentando también su contribución a la economía globalizada(26).

Fernando Henrique Cardoso, actual presidente del Brasil y por muchos años defensor de las tesis neo-marxistas de la “dependencia”, ha logrado formular el desafío con una rigurosidad digna de elogio:

“...o bien el Sur (o una parte del mismo) se incorpora a la carrera democrático-tecnológico-científica, invierte masivamente en investigación (R&D), y se adapta a la metamorfosis de la economía de la informática, o bien se condena a la irrelevancia, inexplorado e inexplorable”²⁷.

El desafío se expresa fundamentalmente en términos económicos, pero su raíz fundamental es política y cultural: lo primero, por cuanto la dirección política de la sociedad es un canal decisivo de aprendizaje social; lo segundo, porque la brecha entre la nueva realidad circundante y los *valores* de las personas es precisamente el campo donde se mide la magnitud de la adaptación necesaria. El riesgo para las sociedades que no sean capaces de transformarse y detener su deslizamiento al “Cuarto

25/ Manuel Castells, “The Informational Economy and the New International Division of Labor”, en M. Castells, et. al., *The New Global Economy in the Information Age*, University Park, Pennsylvania: Pennsylvania State University Press, 1993, pág. 37.

26/ *Ibid.*, págs. 2-3.

27/ Fernando H. Cardoso, “North-South Relations in the Present Context: A New Dependency?” en Castells, et. al., *The New Global Economy*, pág. 156.

Mundo” de la total desesperanza es muy grave. Las dificultades y obstáculos que se interponen en el camino del cambio modernizador son sin duda severos. Las posibilidades de fracaso evidentes. Ante las traumáticas exigencias de la globalización económica y las transformaciones tecnológicas, algunas sociedades están hundándose en la violencia masiva y el neo-barbarismo, de lo cual pueden hallarse varios ejemplos en el continente africano. Otras están optando por la auto-exclusión y el refugio en diversas versiones de fundamentalismo ideológico y/o religioso. Por último, ciertos casos nos muestran la opción de la criminalización de la sociedad a través de su inserción en el comercio ilegal de drogas, armas, y hasta seres humanos²⁸.

No se trata de un panorama atractivo, sino de una realidad cruda e inescapable. Para numerosas naciones en América Latina, acostumbradas por décadas al escapismo populista, las transformaciones en el entorno han llegado como sorprendentes y malas noticias. Lo que cambiado para la América Latina es, por un lado, la intensidad de las presiones por la reforma económica, y por otro lado la radical influencia del marco internacional en la definición de las

alternativas existentes. La limitación central, que ha alterado decisivamente los términos en que tradicionalmente (en los sesenta y setenta) formulaban sus políticas los populistas latinoamericanos tiene que ver con las restricciones, cada vez más severas, sobre las posibilidades de acceso al crédito internacional. Este cambio crucial, desde un pasado pródigo a un presente austero, altera decisivamente el rango de respuestas accesibles a numerosos países en desarrollo, forzándoles a escoger sólo entre la estabilización económica o el ajuste estructural²⁹. Por un tiempo, hasta principios de los ochenta, pareció que el contexto internacional era incapaz de establecer limitaciones al crecimiento basado en el continuo endeudamiento. Hoy día, por el contrario, no hay endeudamiento sin condicionamientos, y éstos a su vez son impuestos con amarga severidad.

El populismo, la distribución sin respaldo productivo ni limitaciones presupuestarias, hizo incalculable daño a América Latina. Si bien las nuevas realidades han erosionado seriamente la opción populista, veremos que algunos políticos latinoamericanos —entre ellos Rafael Caldera— siguen intentando sostenerse en el

poder utilizando las respuestas tradicionales, practicando el engaño y rehusándose a reconocer ciertas realidades cruciales que dan forma al nuevo entorno mundial. El sentido de urgencia, la toma de conciencia de que el cambio no es sólo conveniente sino políticamente imperativo, ha hecho posible a algunos países latinoamericanos enfrentar el reto, con resultados que en ciertos casos no son decepcionantes pero tampoco satisfactorios todavía³⁰. Ahora bien, como lo expresa Barbara Stallins,

“Ya que el cambio estructural amenaza tantos intereses establecidos, la mayoría de los gobiernos no lo inician a menos que las circunstancias realmente les obliguen a ello. La carencia de financiamiento a corto y mediano plazo no es suficiente. Se requiere también que las perspectivas económicas sean percibidas como extremadamente desalentadoras, a menos que se emprenda un viraje fundamental en la estrategia de desarrollo y la política macro-económica... Sólo así los dirigentes políticos asumen los riesgos de optar por el cambio estructural”³¹.

Este “extendido clima de urgencia” del que también habla Heifetz³², pareciera ser usualmente necesario para que las sociedades y sus líderes actúen y generen los procesos de adaptación que nuevas circunstancias reclaman. El estruendoso derrumbe del populismo clásico y del desarrollismo militar, y el empobrecimiento masivo de grandes sectores de la población latinoamericana —con su secuela de inestabilidad y violencia— han inducido a varias sociedades en la región a iniciar un proceso de cambios, con altibajos y limitaciones, pero cambios al fin. El desafío no es, quiero insistir en ello, subestimable, y nada garantiza que el éxito acompañe finalmente a este nuevo intento por incorporar sólidamente a la América Latina dentro de la dimensión económica de la modernidad. Pienso que Véliz tiene razón cuando sostiene que la modernidad industrial y el desarrollo económico no son “meros artefactos culturales de irrelevante parentesco” capaces de ser fácilmente transferidos de un lado a otro una vez que los obstáculos locales para su trasplante sean removidos³³. Las políticas económicas neoliberales

28/ Castells, “The Informational Economy”, pág. 38.

29/ Véase Patrick Conway, “Debt and Adjustment”, *Latin American Research Review*, 2, 1992, págs. 151-166.

30/ En torno a las reformas económicas en la región, véase Banco Interamericano de Desarrollo, *Hacia una economía menos volátil*, Washington, D.C., Informe Anual, 1995, págs. 1-20.

31/ Barbara Stallins, “International Influence on Economic Policy: Debt, Stabilization and Structural Reform”, en Stephen Haggard and Robert R. Kaufman, *The Politics of Economic Adjustment*, Princeton: Princeton University Press, 1992, pág. 189-190.

32/ Heifetz, *Leadership*, pág. 35.

33/ Claudio Véliz, *The New World of the Gods: Fox, Culture and Economy in English and Spanish America*, Berkeley: University of California Press, 1994, pág. 78.

no son panacea, sino uno —muy importante— entre los indispensables instrumentos de cambio modernizador que se imponen a América Latina. La construcción del Estado de Derecho y el esfuerzo por aprender

Los contrastes entre Caldera y Fujimori

A PRIMERA VISTA, NO RESULTA FÁCIL HALLAR DOS PERSONALIDADES políticas tan contrastantes como las de Rafael Caldera y Alberto Fujimori. El primero llegó a la Presidencia de su país por primera vez en 1968, a los cincuenta y dos años de edad. Ya para entonces, Caldera tenía tras de sí una carrera pública de tres décadas, había fundado un importante partido político y ejercido significativas posiciones de poder e influencia. Caldera alcanzó los ochenta años de edad de nuevo como presidente, en enero de 1996. Su camino ha sido largo y aún prosigue. Fujimori, por otra parte, llegó a la primera magistratura del Perú como “un hombre sin raíces, sin pasado, surgido esencialmente de la nada, entre los escombros de su tiempo”³⁴. Caldera, educado en su juventud por los Jesuitas, estudió leyes en la Universidad, y

creativamente y adaptarse con la menor dosis de trauma posible al nuevo entorno internacional son también parte del reto. Se trata de un reto al que América Latina no puede ni debe escapar, pero del que algunos aún pretenden escapar.

su formación intelectual fue hondamente influenciada por la filosofía social Católica, las Encíclicas Papales y el pensamiento de autores vinculados a la democracia cristiana italiana³⁵. Fujimori, hijo de inmigrantes japoneses, asistió a una escuela pública, se dedicó con pasión a las matemáticas, y su actividad política previa a su lanzamiento como candidato independiente en las elecciones de 1990 se centró básicamente en el pequeño mundo de luchas académicas, en la Univesidad agraria de Lima.

A lo largo de su extensa carrera política, Caldera ha dejado numerosos testimonios de su ideología y visión de la política. Su biógrafo tiene cierta razón cuando afirma que “Caldera se hizo político por un imperativo de sus ideas, y no ideólogo por una exigencia de su política”³⁶. Desde

luego, como en todo hombre de poder, la ambición por conquistarlo ocupa lugar relevante en la trayectoria personal de Caldera. Sin embargo, es también claro que Caldera asumió desde los comienzos de su lucha política un marco ideológico que ha ejercido influencia significativa en su acción. Ese marco ideológico ha sido expuesto por Caldera en varias obras y en numerosos artículos y discursos. Sus características más sobresalientes son las siguientes:

- El compromiso con una idea de la democracia como “democracia orgánica”, entendida como un tipo de democracia caracterizada por una fuerte autoridad política y por relaciones sociales y económicas corporativistas. En sus propias palabras: “Un gobierno democrático puede y debe engendrar una autoridad fuerte, capaz de garantizar el orden público y la estabilidad de las instituciones... La democracia avanza desde un sistema puramente formal hacia un sistema orgánico, de contenido económico y social”³⁷.
- El cuestionamiento al capitalismo y la libertad económica en nombre de la justicia social y el bien común: “la libertad

económica... no es un valor absoluto... la humanidad de nuestro tiempo desconfió de llevar a límites de desenfreno la supuesta libertad que funciona sólo como un privilegio de los fuertes y en cuyas manos deja los intereses de los débiles...”³⁸.

- El cuestionamiento al marxismo y a los regímenes totalitarios y la búsqueda de una “tercera vía” que combine la democracia con la justicia social.

Estas ideas de Caldera, brevemente resumidas, son las que por años encarnaron los movimientos y partidos demócratas-cristianos en Europa y América Latina, inspirados en las enseñanzas de la filosofía social Católica y su crítica paralela al individualismo liberal y al colectivismo de origen marxista o fascista.

Fujimori, por otro lado, ha sido descrito por uno de sus biógrafos como un “pragmático”. No hay libros ni artículos que revelen una ideología coherente elaborada y asumida por Fujimori. Lo que sí existe es un claro instinto de poder, y una comprobada admiración por las soluciones “prácticas” a los problemas sociales³⁹. Al igual que

34/ Luis Jochamowitz, *Ciudadano Fujimori. La Construcción de un Político*, Lima: Ediciones Peisa, 1993, pág. 9.

35/ Gonzalo Canal Ramírez, *Rafael Caldera o la Capacitación del Ciudadano*, Bogotá: Imprenta Canal Ramírez-Antares, 1971, pág.11.

36/ *Ibid.*, pág. 18.

37/ Rafael Caldera, *Ideario. La Democracia Cristiana en América Latina*, Barcelona: Ediciones Ariel, 1970, págs. 116-117.

38/ *Ibid.*, 113-114.

39/ Jochamowitz, *Ciudadano Fujimori*, págs. 184-185; 256-257.

Caldera, quien lo ha puesto de manifiesto en el campo político, Fujimori puso en evidencia a lo largo de su carrera como administrador académico una marcada propensión autoritaria, que se ha acrecentado con el ejercicio del poder político. Fujimori se proyectó en la campaña electoral de 1990 como un hombre "nuevo", ajeno por completo a los partidos políticos tradicionales, comprometido con un lema sencillo pero directo: "honestidad, trabajo, tecnología". Sus planteamientos impactaron a millones de sus compatriotas. Luego de conquistado el poder, y del auto-golpe de 1992, Fujimori expuso en diversos discursos y entrevistas —entre los que se destaca su intervención ante la O.E.A. en Mayo de 1992— su visión de una democracia más "directa", una democracia distinta y superior a la democracia de partidos, ya que, en sus palabras, "lo que está en juego en el Perú no es la existencia de la democracia,

sino la dictadura de la partidocracia"⁴⁰.

Caldera también llegó al poder, la segunda vez, montado sobre la ola del rechazo popular a los partidos tradicionales, y proyectándose —a pesar de haber sido el fundador de uno de los partidos claves de la democracia venezolana— como un "independiente", distinto a los políticos de siempre.

Ahora bien, a pesar de esta similitud, lo cierto es que Caldera y Fujimori tomaron ventaja de realidades de descontento popular con raíces bastante diferentes. En 1990, los peruanos reaccionaron contra los desastrosos efectos del populismo de Alan García. Si bien es cierto que en el transcurso de su campaña, Fujimori no se comprometió claramente con un programa de reformas neoliberales, y evitó el radicalismo de su rival Mario Vargas Llosa, también lo es que los peruanos, luego de atravesar por las experiencias del autoritarismo

militar en los setenta, y de la hiperinflación populista en los ochenta, habían asumido actitudes marcadamente favorables a las políticas económicas pro-libre mercado⁴¹. De modo que el llamado "Fuji-shock", es decir, el severo programa neoliberal puesto en ejecución por Fujimori poco después de asumir el poder, a pesar de las penalidades que inicialmente impuso a la población, se ubicó sin embargo en un contexto en buena medida favorable al cambio, luego del descalabro que las políticas populistas habían generado y que condujeron la inflación al final del gobierno de García a 3,500 por ciento⁴².

En Venezuela, al contrario, la victoria electoral de Caldera fue el resultado de rechazo masivo de parte de la población al intento de reforma neoliberal llevado a cabo por Carlos Andrés Pérez a partir de 1989. Pérez había triunfado sobre la base de una plataforma populista, y de hecho una mayoría de venezolanos votó en diciembre de 1988 a su favor con la esperanza de que Pérez fuese capaz de retornar a los "buenos tiempos" de su primer paso por el poder (1974-1979) cuando los enormes aumentos en los precios petroleros desataron en

el país una avalancha de consumismo derrochador y efímera abundancia⁴³. Pérez de hecho se vio obligado a dejar de lado sus planes, en vista del profundo deterioro económico que las políticas populistas de su predecesor, Jaime Lusinchi, habían producido, deterioro que fue parcialmente ocultado al público durante el año electoral de 1988 a través de la casi total liquidación de las reservas internacionales de Venezuela⁴⁴. Para el momento en que Pérez, tomando por sorpresa a todo el mundo, anunció su plan de ajustes económicos, respaldado por una Carta de Intención pactada con el Fondo Monetario Internacional, el pueblo venezolano se encontraba absolutamente imprevisto para semejante desenlace. Ni la hiperinflación, ni el autoritarismo político, ni las extensas penurias características en otras sociedades de la región en las décadas de los setenta y ochenta habían formado parte de la experiencia venezolana. La reacción ante el programa neoliberal de Pérez fue por tanto de total incompreensión y rechazo generalizado, cuyo primer y sangriento síntoma se manifestó pocos días después de que los ajustes fuesen anunciados, cuando

40/ Véase "Discurso del Señor Presidente de la República del Perú en la Asamblea de Cancilleres de la OEA, 18 de mayo de 1992, en E. Ferrero-Costa, *El Proceso de Retorno a la Institucionalidad Democrática en el Perú*, Lima: CEPEL, 1992, pág. 196. Charles Kenney ha mostrado que este discurso fue escrito para Fujimori por el economista peruano Hernando de Soto, quien a su vez tomó las críticas a la "partidocracia" (y párrafos completos) de la tesis doctoral de un politólogo norteamericano. Véase Charles D. Kenney, "The Politics of Fujimori's Self-Coup and the Implications for Democracy in Peru", Trabajo presentado en el Congreso de LASA, Washington, D.C., septiembre de 1995, págs. 9-11.

41/ Véase Julio F. Carrión, "The Transformation of Public Opinion Under the Fujimori Administration: From Identities to Interests?", Trabajo presentado en el Congreso de LASA, Washington, D.C., septiembre de 1995, págs. 10-15. Uno de los candidatos de izquierda en las elecciones peruanas de 1990, Henry Pease, admite que la victoria de Fujimori, y su capacidad para implementar un programa de severos ajustes sin destruir su apoyo popular, tuvieron sus raíces en la gravedad de la crisis legada por Alan García. Véase H. Pease, *Los Años de la Langosta. La Escena Política del Fujimorismo*, Lima: La Voz Ediciones, 1994, pág. 75.

42/ Véase David P. Werlich, "Fujimori and the 'Disaster' in Peru", *Current History*, february 1991, 62. También J. Linz y A. Stepan, "Political Crafting of Democratic Consolidation or Destruction: European and South American Comparisons", in R. Pastor, ed., *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*, New York: Holmes & Meier, 1989, pág. 43.

43/ Véase A. Romero, *Decadencia y Crisis de la Democracia*, Caracas: Editorial Panapo, 1994, págs. 68-82.

44/ *Ibid.*, 59-68.

las masas populares se amotinaron en Caracas y otras ciudades con saldo de centenares de muertos y miles de millones de bolívares en daños a la propiedad⁴⁵.

En Perú, entonces, Fujimori llegó al poder en el marco de una sociedad que estaba *de regreso de populismo*, y de un sistema político cuyos actores tradicionales, instituciones y figuras políticas por igual, se hallaban seriamente desprestigiados⁴⁶. En Venezuela el sistema político y sus instituciones claves venían experimentando signos no desdeñables de erosión desde alrededor de 1983⁴⁷; no obstante, las reformas de Pérez, que eran en el fondo un intento por cambiar de rumbo y superar la creciente crisis del populismo, fueron vistas más bien por la población como las causas de la agudización de esa crisis. De tal manera que, paradójicamente, Caldera se convirtió en el jefe de una oposición que cuestionaba el neoliberalismo y proponía un retorno al pasado, es decir, a ese mismo pasado que, en primer

término, había hecho inevitable que Pérez se viese obligado a adoptar el programa neoliberal.

Circunstancias azarosas, como casi siempre ocurre en la vida social, ayudaron a Caldera a borrar parcialmente su propio pasado, hondamente comprometido con el orden de cosas que degeneró en los severos traumas que conmocionaron a Venezuela esos años, y así convertirse —como Fujimori— en una figura percibida como ajena a los partidos y métodos políticos tradicionales. En especial, Caldera sacó enorme ventaja de su intervención ante el parlamento, durante la sesión de emergencia que tuvo lugar el 4 de febrero de 1992, en momentos en que todavía algunos grupos militares golpistas proseguían su intento de derribar al gobierno, y en Caracas y otras ciudades se escuchaba el sonido repetido de disparos, provenientes de los choques entre tropas leales e insurgentes⁴⁸.

Ese día, Caldera argumentó que “es difícil pedirle al pueblo que se inmole por la libertad y la

democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer”⁴⁹. El contenido de su discurso, que tuvo un profundo impacto y catapultó a Caldera hacia el primer lugar en las encuestas, estuvo deliberadamente dirigido a persuadir a los venezolanos que era posible restaurar el modelo populista tradicional, revirtiendo las reformas neoliberales de Pérez y retornando al modelo estatista de desarrollo económico. Esto es lo que el pueblo venezolano quería y aún quiere, y desde luego, Caldera no se preocupó en discutir de dónde saldrían los recursos financieros para cumplir su promesa.

Tanto Caldera como Fujimori llegaron entonces al poder en medio de una grave crisis política, caracterizada por el desprestigio de los partidos tradicionales y del resto de las instituciones democráticas, por el desencanto hacia los políticos de siempre, y por una grave situación económica. No obstante, el desafío fundamental se planteaba en términos muy

similares para ambos: liderizar en sus respectivas sociedades un profundo cambio, dirigido a transformar la economía de acuerdo a las exigencias de un contexto internacional diferente, caracterizado por la globalización de los procesos productivos y de mercado de capitales, la liberalización de las barreras arancelarias, la influencia creciente de las instituciones financieras internacionales, y las estrictas restricciones a los préstamos para países en vías de desarrollo. Paralelamente, Caldera y Fujimori tenían el reto de democratizar el régimen político e institucionalizar la democracia, como la mejor vía para adaptarse a las nuevas realidades mundiales y de generar el necesario consenso social para el cambio⁵⁰.

Es en función de este desafío, a la vez político, económico y cultural —referido a las percepciones y actitudes de la población en sus respectivos países— como pueden y deben evaluarse y compararse las gestiones de Caldera y Fujimori.

La restauración Calderista y el auto-golpe Fujimorista: un largo viaje hacia el pasado Vs. un incierto periplo hacia el futuro

CALDERA Y FUJIMORI
asumieron el poder en medio de

una crisis que requería
primeramente de respuestas

45/ Véase M. Naim, *Paper Tigers and Minotaurs: The Politics of Venezuela's Economic Reforms*, Washington, D.C.: The Carnegie Endowment for International Peace, 1993, págs. 61-62. Kiren A. Chaudhry ha mostrado cómo los flujos masivos de recursos financieros provenientes del petróleo, recibidos por diversos países en el Medio Oriente y también por Venezuela, con frecuencia obstaculizan el surgimiento de las instituciones y normas necesarias para la existencia de una economía de libre mercado. Véase K. A. Chaudhry, "Economic Liberalization and the Lineages of the Rentier State", *Comparative Politics*, 1, octubre 1994, págs. 1-25.

46/ Véase Kenneth Roberts, "The Neoliberal 'Critical Juncture' and the Transformation of Party Systems: A Comparison of Peru and Chile", trabajo presentado en el Congreso de LASA, Washington, D.C., septiembre de 1995, págs. 10-13.

47/ Véase A. Romero, "'Rearranging the Deck Chairs on the Titanic': The Agony of Democracy in Venezuela", trabajo presentado en el Congreso de LASA, Washington, D.C., septiembre de 1995, págs. 11-14.

48/ Gustavo Torre B., *El Espejo Roto 4-F*, Caracas: Editorial Panapo, 1994, págs. 159-170.

49/ Citado en *Ibid.*, pág. 162.

50/ Comparto la tesis de Parsons según la cual el sistema democrático posee mayor "capacidad generalizada de adaptación", haciendo posible el logro de un consenso social más amplio y sólido. Véase Parsons, *The Evolution of Societies*, págs. 16-17.

orientadas a restablecer un mínimo de orden y estabilidad en sociedades sacudidas por el miedo, la incertidumbre y —sobre todo en Perú— la violencia. En tal sentido, es necesario admitir que ambos políticos se movieron con destreza durante las primeras fases de su mandato, eso sí, dirigiendo sus acciones claramente hacia el objetivo de fortalecer su propio poder personal como el eje de una nueva estabilidad.

Caldera comenzó su gestión decapitando al existente Alto Mando militar, y colocando en su lugar hombres de comprobada lealtad; ello incluyó la designación de uno de sus yernos, un general del Ejército, al cargo clave de jefe de la casa militar del Presidente. En cuanto a Fujimori, su alianza con las Fuerzas Armadas se hizo pronto evidente, y se constituyó en pilar fundamental de sostén de su gobierno. Fujimori se comprometió a una lucha sin cuartel contra los insurrectos del movimiento Sendero Luminoso, y ello le ganó gran apoyo dentro de las Fuerzas Armadas.

Ambos gobernantes procedieron igualmente a hacer amplio uso de una política sistemática orientada a culpabilizar a otros de los males de sus respectivas naciones. Para Caldera, fue especialmente útil políticamente contar con una gigantesca crisis bancaria que estalló al propio inicio de su mandato. Muy pronto, los “banqueros corruptos”, unidos a Carlos Andrés Pérez, se

transformaron en objeto de una masiva campaña de ataques personales, lo cual dio a Caldera un respiro político y la oportunidad de fortalecer su autoridad. Para Fujimori, el desastre heredado del populismo de García fue también una bendición, que le permitió culpar a su predecesor por todos los males del Perú y usar ese legado de fracasos como justificación para el “Fuji-shock” económico.

Caldera y Fujimori se beneficiaron y aún lo siguen haciendo, de la ausencia de alternativas y hasta de una verdadera oposición política sólida y coherente en sus países. Su llegada al poder se produjo en medio del agotamiento de partidos y figuras tradicionales, y de un desierto ideológico marcado por el desprestigio de lo existente, la ausencia de las élites tradicionales —ensimismadas y atemorizadas—, y la apatía generalizada de las masas. Hasta el presente, las experiencias de Caldera y Fujimori tienden a confirmar la observación de Przeworski según la cual “lo que importa para la estabilidad de un régimen no es la legitimidad de ese particular sistema de dominación sino la presencia o ausencia de alternativas preferibles”⁵¹.

¿Tenían Caldera y Fujimori otra opción política aparte del fortalecimiento de su poder personal? No me cabe duda que sí. Evaluados desde una perspectiva democrática, Caldera y Fujimori tenían y todavía tienen la opción de luchar por la restauración de la institucionalidad de la democracia,

que trasciende a los individuos y que se caracteriza por la ilegitimidad del poder arbitrario. En su lugar, Caldera y Fujimori escogieron el camino de erosionar deliberadamente la institucionalidad, mediante el ataque sistemático a los partidos políticos, las presiones sobre el poder judicial, y las amenazas al parlamento. Esta opción no ha impedido a Caldera, cuando lo ha querido, valerse del apoyo de Acción Democrática (AD), el principal partido del país, y hasta intentar construir un nuevo partido desde el poder —al igual que Fujimori con su movimiento “Cambio 90”; no obstante, la línea de conducta predominante de ambos políticos ha estado guiada por el personalismo. El apoyo a Caldera por parte de instituciones democráticas tradicionales como AD tiene sus raíces en el temor a un nuevo golpe de Estado que acabe definitivamente con el régimen, y o bien instaure una dictadura militar o bien abra las puertas a una guerra civil. Lo mismo explica el comportamiento del partido demócrata-cristiano Copei, que ha sido en extremo cuidadoso en su oposición a Caldera y ha evitado por todos los medios confrontaciones significativas.

En vista de la situación de vacío de representatividad en que encontraban y aún se encuentran ambas sociedades, la decisión personalista de Caldera y Fujimori ha acentuado el proceso de desinstitucionalización de la democracia, hasta el punto que, al menos durante las primeras fases de ambas administraciones, hemos presenciado la anomalía de presidentes que son populares pero a la vez “carentes de significativos vínculos institucionales con la sociedad civil o de efectivos contra-pesos institucionales” que favorezcan el equilibrio democrático⁵².

Los programas económicos de ambos políticos han sido el producto, por un lado, de las lecciones que ambos extrajeron sobre la experiencia de sus predecesores, y por otro lado de la ideología y/o visión del mundo que les guían. En el caso de Caldera, quien en todo momento se opuso a las reformas neoliberales de Pérez, es obvio que su labor crítica y sus compromisos electorales, unidos a sus convicciones ideológicas anti-capitalistas, le llevaban a intentar restaurar el tradicional modelo estatista-populista. En el caso de Fujimori, su gran acierto estuvo en entender que el fracaso del

51/ A. Przeworski, “Some Problems in the Study of the Transition to Democracy”, en G. O’Donnell, P.C. Schmitter and L. Whitehead, eds., *Transitions from Authoritarian Rule: Prospects for Democracy*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1986, págs. 50-52.

52/ K. Roberts, “The Neoliberal Critical Juncture”, 13.

populismo de García, y las penurias sufridas por el pueblo peruano bajo el peso de la hiperinflación y el desempleo, le daban significativa flexibilidad para dejar de lado las ambigüedades de la campaña electoral y lanzarse por el camino de reformas. Por lo demás, parece claro que un temperamento pragmático como el de Fujimori, ajeno a los dogmas sostenidos por décadas característicos en Caldera, y admirador de los logros del capitalismo japonés, se hallaba propenso a apostar a favor del cambio neoliberal. Tal propensión se agudizaba en vista de que al Perú le restaban pocas opciones, y sólo la adopción de un programa de reformas hacía posible el retorno peruano a las líneas de crédito internacionales así como a las fuentes de inversión extranjera.

En tal sentido, es necesario destacar las diferencias entre Caldera y Fujimori en cuanto al impacto de sus políticas económicas y el significado de ello para la evaluación de su liderazgo. Si bien es cierto que Caldera tenía la alternativa —políticamente útil a corto plazo pero nefasta a mediano y largo plazo— de apoyarse en el petróleo para evitar los cambios, y que Fujimori no la tenía, también es verdad que Fujimori hizo una

difícil apuesta al adoptar el rumbo del ajuste neoliberal, corriendo serios riesgos políticos y enfrentando el reto con audacia. En palabras de Heifetz:

“Un dirigente político tiene que decidir dónde colocarse en relación un tema. En general, sus opciones son tres: 1) evadirlo, con el riesgo de culminar en una crisis peor; 2) atacar de frente el asunto, salirle al paso y abrir las puertas a la crisis para conducirla; 3) avanzar con la ola, mantenerse un paso delante de la crisis, anticipar su marcha e intentar canalizar su poder en la medida que se desata”⁵³.

En relación a Caldera, es claro que su estrategia ha sido la de evadir el reto y hasta negar que existe⁵⁴. Al revertir las reformas económicas de Pérez e intentar un retorno al pasado de los controles, el estatismo y el centralismo, Caldera contribuyó a hundir a Venezuela en una profunda recesión, que no muestra signos de mejoría⁵⁵. Igualmente negativo es el hecho de que Caldera ha reforzado la tendencia de la economía venezolana a la monoproducción petrolera. El petróleo es un negocio altamente

rentable, en particular en Venezuela debido a los bajos costos de producción. No obstante, es una industria que genera pocos empleos directos, y cuya misma rentabilidad asfixia otras áreas de la economía agrícola y manufacturera, que sólo podrían salir de su marasmo con base a la apertura comercial y a una sistemática subvaluación de la moneda, que haga competitivos en el exterior los productos venezolanos. Las decisiones de Caldera han sido contrarias a la apertura, y su gobierno ha mantenido una moneda sobrevaluada, acelerando así un proceso de empobrecimiento nacional que se viene observando desde hace más de una década, y que se ha agudizado los pasados dos años⁵⁶.

El caso de Fujimori es diferente en el campo económico. Su estrategia ha sido una mezcla de anticipación y ataque frontal. Su programa de “shock”, como ya dije antes, tenía el terreno abonado debido al desastre heredado del populismo. No obstante, a corto plazo —en particular los primeros dos años— la aplicación de un

ajuste ortodoxo tuvo serias repercusiones sociales, y se calcula que la mitad de la población peruana cayó bajo la línea de pobreza⁵⁷. Algunos comentaristas, particularmente en el campo de la izquierda peruana, han argumentado que el auto-golpe Fujimorista fue el “resultado inevitable” del impacto social del ajuste neoliberal⁵⁸. Esta interpretación me parece simplista, y comparto el análisis, más medurado y completo, de Cameron y de Kenney, para quienes el auto-golpe tuvo sus orígenes en una combinación de factores, entre los que ocupa lugar primordial los conflictos institucionales entre el Ejecutivo y el Congreso. Estos conflictos llevaron a ambas partes a violentar gradualmente las reglas del juego constitucional, y ya para febrero de 1992 la capacidad de mando de Fujimori había experimentado una significativa reducción⁵⁹.

Caldera no ha tenido este tipo de problemas. Al contrario, el Congreso venezolano, hasta el presente, ha sido obsequioso y hasta complaciente hacia el

53/ Heifetz, *Leadership*, pág. 166.

54/ *Veneconomy Weekly*, 6, January 31, 1996, pág. 1.

55/ Véase el Informe Anual 1995 del Banco Inter-Americano de Desarrollo (nota 30), págs. 186-191. También, R. Espinosa y J. Peraza, “Resultados Económicos de 1995”, *SIC*, 581, enero-febrero 1996, págs. 4-10.

56/ Véase Samuel A. Morley y Carola Alvarez, *Poverty and Adjustment in Venezuela*, Washington, D.C.: Inter-American Development Bank, Working Paper Series 124, July 1992.

57/ Maxwell A. Cameron, *Democracy and Authoritarianism in Peru*, New York: St. Martin's Press, 1994, pág. 148. Para una crítica de las políticas de Fujimori y su impacto social, véase Félix Jiménez, “La Reciente Reactivación y los Efectos del Ajuste Liberal: Continuidad o Ruptura?” *Socialismo y Participación*, junio 1994, págs. 25-39; también Carlos Franco, “La Pobreza y Desigualdad Distributiva del Perú: Comparaciones Internacionales”, *Socialismo y Participación*, marzo 1994, págs. 13-29. Una evaluación positiva se encuentra en *Latin America Monitor*, Andean Group, September 1995, págs. 7-9.

58/ Pease, *Los Años de la Langosta*, pág. 20.

59/ Kenney, “The Politics of Fujimori's Self-Coup”, 24; Cameron, *Democracy and Authoritarianism*, págs. 148-153.

Ejecutivo. A mediados de 1994, a raíz de diputadas en torno a la suspensión, por parte del Ejecutivo, de ciertas garantías constitucionales y otros irritantes polémicos, Caldera llegó a amenazar al Congreso con la convocatoria de un referéndum, y eso fue suficiente para que los conflictos cesaran. El sendero económico estatista de Caldera, a pesar de sus efectos negativos, recibió a corto plazo el apoyo de la mayoría, porque la mayoría en Venezuela quería y todavía quiere una política económica populista —aunque existen indicios de que esta situación está cambiando paulatinamente. Numerosas encuestas de opinión en Venezuela y Perú mostraron que tanto Caldera como Fujimori recibieron apoyo mayoritario al tomar las decisiones que han definido sus gestiones: revertir, en el caso de Caldera, el programa neoliberal, y —en cuanto a Fujimori— llevar a cabo el auto-golpe y disolver el Congreso⁶⁰. Si bien las primeras etapas del ajuste económico erosionaron la popularidad de Fujimori, después del auto-golpe el apoyo popular al Presidente peruano se incrementó,

y el mejoramiento gradual de los índices económicos en cuanto a menor inflación, mayor inversión y crecimiento, re inserción del Perú en los circuitos financieros internacionales, y lucha frontal contra la evasión fiscal, han venido dando a Fujimori una sólida base de respaldo, que se tradujo en su inequívoca victoria electoral de 1995⁶¹. No debe subestimarse tampoco el impacto positivo para Fujimori derivado de la derrota del movimiento guerrillero Sendero Luminoso.

Para Caldera, en cambio, el panorama político no hace sino complicarse con el paso de los meses. Caldera ha sido incapaz de formular un programa que no sea el de tratar de resucitar un modelo populista para el cual ya no existe financiamiento. De allí que su popularidad prosigue su vertiginosa caída⁶², y que en Venezuela, a diferencia del Perú, se respira un clima de generalizado pesimismo, desconfianza hacia lo que pueda traer el futuro, apatía, descontento e irritación popular. Ambos políticos, Fujimori y Caldera, han gobernado con base al aumento de su poder personal, lesionando

severamente la institucionalidad democrática. Sin embargo, considero que a Fujimori debe reconocérsele que ha orientado al Perú por un camino económico que responde adecuadamente a las exigencias del desafío latinoamericano contemporáneo. En obvio contraste con Caldera, quien con frecuencia se enorgullece en público sobre la firmeza de sus convicciones ideológicas anti-capitalistas, Fujimori ha logrado dar una respuesta que abre perspectivas de futuro al Perú, al menos —repito— en el terreno económico. Los contrastantes resultados de la gestión económica de ambos presidentes son testimonio elocuente de ello. Los principales índices: inflación, empleo, inversión, muestran que las reformas de Fujimori han significado una importante recuperación para el Perú, en tanto que el intento de volver al pasado por parte de Caldera está imponiendo serios costos a Venezuela⁶³.

Fujimori ha logrado combinar un programa de ajustes ortodoxo con un estilo populista de mando político⁶⁴, que contribuye a la desinstitucionalización de la democracia; Caldera ha querido restaurar el modelo económico populista, y ha claudicado por

completo en su misión, como presunto líder, de contribuir a elevar al pueblo para que comprenda y enfrente el reto que tiene por delante. Tampoco ha intentado Caldera reinstitucionalizar la democracia en Venezuela. Ciertamente, no ha llegado tan lejos como Fujimori y no ha implementado un auto-golpe. Ahora bien, la gestión de ambos políticos presenta numerosas fallas. No obstante, la de Fujimori ha tenido la virtud de abrir un camino distinto en lo económico, camino políticamente frágil debido a que se sustenta en la popularidad de un hombre, y no en la institucionalización de un régimen capaz de reproducir un consenso democrático. La vulnerabilidad de la democracia venezolana es también muy aguda, y a ello contribuye crucialmente la crisis económica que Caldera ha pretendido enfrentar con las fórmulas de un pasado irrecuperable.

Tanto en Venezuela como en Perú, porcentajes crecientes de la población dicen apoyar la “democracia” en abstracto, aunque rechazan las instituciones concretas del sistema —partidos, parlamento, cortes, etcétera⁶⁵. Si el cambio económico en el Perú prosigue su rumbo con éxitos, es posible confiar en una eventual apertura

60/ A. Romero, “Rearranging the Deck Chairs on the Titanic...”, págs. 15-16; C.M. Conaghan, “Polls, Political Discourse and the Public Sphere: The Spin on Peru’s Fuji-golpe” en P.H. Smith, ed., *Latin America in Comparative Perspective*, Boulder: Westview Press, 1995, págs. 255-277.

61/ Véanse los informes sobre la elección peruana de 1995 por C.M. Conaghan, D. Scott Palmer and B.H. Kay in *LASA Forum*, 2, summer 1995, págs. 9-20.

62/ De acuerdo a una encuesta publicada recientemente en la prensa venezolana, más del 60% de la población rechaza el desempeño de Caldera y alrededor del 70% cree que la crisis se agudizará. Esto no significa, sin embargo, que los venezolanos estén dispuestos a someterse a un programa de ajustes neoliberal. Véase *El Nacional*, Caracas, febrero 6 de 1996.

63/ Banco Inter-Americano de Desarrollo, *Hacia una Economía Menos Volátil*, págs. 1-20.

64/ Roberts, “Neoliberalism and the Transformation of Populism”, págs. 82-83.

65/ Romero, “Rearranging the Deck Chairs on the Titanic...”, 9; Kenney, “The Politics of Fujimori’s...”, págs. 4-5.

democrática a través de la recuperación de instituciones y organizaciones intermedias, y el surgimiento de nuevos liderazgos.

Conclusión

ESTE ESTUDIO HA INTENTADO EVALUAR el desempeño de Rafael Caldera y Alberto Fujimori a través de un concepto normativo del liderazgo. A mi modo de ver, sólo desde esta perspectiva es posible sustentar una postura crítica que permita clarificar los aspectos positivos y negativos de sus gestiones como gobernantes, en función de sus respuestas al principal desafío que enfrentan sus sociedades.

Argumenté que ese desafío se define como la adaptación a un nuevo entorno internacional, que intensifica agudamente la presión en dirección a la reforma económica y la institucionalización de la democracia. La importancia del cambio económico reside en que es la única vía para ajustarse a un contexto mundial en rápida transformación, que exige de todos los países dosis más altas de productividad y competitividad para garantizar la prosperidad material de la población. La importancia de la democracia y su institucionalización reside en que

En cuanto a Venezuela, la situación se presenta doblemente complicada, debido a la ausencia de un rumbo económico innovador.

es un tipo de régimen que posibilita el cambio mediante el consenso de la mayoría, y la reproducción de ese consenso no puede basarse en el poder personalista de figuras pasajeras, sino en la práctica reiterada de la participación social.

El ejercicio del liderazgo entendido como esfuerzo orientado a promover la comprensión y adaptación de la sociedad ante nuevos y complejos desafíos está vinculado al concepto de aprendizaje social. He sostenido que el aprendizaje puede ser una fuente de formación y definición de actitudes y comportamientos políticos, que las experiencias de un pueblo y sus políticos, y la interpretación de esa experiencia, pueden tener significativa y en ocasiones decisiva incidencia sobre su conducta política⁶⁶.

La relevancia del factor liderazgo se encuentra, por un lado, en su capacidad de generar una adaptación social creativa —más exitosa— ante nuevos desafíos; por otro lado, la ausencia del factor liderazgo puede convertirse en un

obstáculo clave para el aprendizaje social. El caso de Caldera es particularmente ilustrativo de lo segundo.

Se ha argumentado que:

“...Caldera aprendió mucho del fracaso de su predecesor, que intentó llevar a cabo reformas económicas sin adecuado apoyo político. A diferencia de Argentina donde severas políticas de ajuste contribuyeron a la estabilidad política, el programa de Pérez en Venezuela produjo seria inestabilidad... Caldera realizó un gran esfuerzo los dos primeros años de su gobierno para evitar otra explosión social, aplazando el aumento en el precio de la gasolina hasta que éste se hizo imperativo en septiembre de 1995, y sólo haciéndolo entonces de modo parcial, protegiendo a los pobres y estudiantes rebeldes”⁶⁷.

Esta forma de evaluar el desempeño de Caldera me parece equivocada. Por años, los venezolanos han disfrutado de la gasolina más barata del mundo, subsidiada por el Estado. Puede razonablemente argumentarse que esta situación no ayuda a los pobres, sino a un segmento relativamente minoritario de la población que posee automóviles. Lo que ha estado y sigue estando

en cuestión es el problema del precio del transporte público, el cual puede ser enfrentado directamente y no a través de un subsidio general a la gasolina que cuesta muchos millones y origina un incesante contrabando de gasolina barata venezolana hacia países vecinos. Ahora bien, lo que realmente interesa para mis propósitos en este estudio es señalar que Caldera nada ha hecho por explicar a los venezolanos la nueva realidad en que viven, y dentro de la cual el subsidio a la gasolina es uno de los típicos elementos distorsionantes de un populismo que ha llevado al país a un empobrecimiento radical. Al contrario, esa acción en particular, en septiembre de 1995, fue anunciada por Caldera como una *reducción* del precio del tipo de gasolina más barata —que cayó un par de céntimos— en tanto que los otros tipos, más caros, subían un poco sin alcanzar aún los costos de producción ni, desde luego, los precios internacionales⁶⁸. En lugar de usar la oportunidad para hacer un esfuerzo de clarificación y persuasión acerca de la imperiosa necesidad que tiene Venezuela de enfrentar la nueva realidad de estrechez económica, Caldera la ha usado para ocultar esa realidad, cultivar la ignorancia prevaleciente acerca de la verdadera naturaleza

66/ Véase Jennifer McCoy, “Political Learning and Redemocratization in Latin America”, trabajo presentado en el Congreso de LASA, Washington, D.C., septiembre de 1995, pág. 2.

67/ *Ibid.*, pág. 19.

68/ *Veneconomy Weekly*, 39, september 13 de 1995, pág. 1.

de los retos que enfrenta el país, así como de las probables consecuencias que implica proseguir el rumbo populista...

Me he detenido en el episodio descrito pues el mismo simboliza un problema más general: es posible que los pueblos tengan un aprendizaje más rápido y adecuado que sus presuntos dirigentes, y lo contrario también. En el actual caso venezolano, las dificultades que encuentra la mayoría para adaptarse al fin de la abundancia fiscal de otros tiempos se acrecienta, en vista de las erradas convicciones e instintos manipulativos de un político que parece haber aprendido muy poco o tal vez nada.

En el caso peruano, y a pesar de la orientación personalista y autoritaria de Fujimori, existe un aspecto positivo en su desempeño, que pone de manifiesto, en un sentido muy distinto a Caldera, la importancia del factor liderazgo. Fujimori se atrevió a tomar el rumbo económico que era necesario tomar, aunque éste conllevaba riesgos políticos no subestimables en el corto plazo. Ciertamente, el pueblo peruano estaba más dispuesto que el

venezolano a soportar una medicina dolorosa, pero Fujimori tenía la opción de aplicar otra, quizás más popular y efímera. Al no hacerlo, y asumir el "shock" del cambio, Fujimori enfrentó el desafío, y ello ha generado un aprendizaje creativo en la sociedad. Su mesianismo personalista, no obstante, así como su propensión autoritaria, limitan el impacto de sus acciones sobre el proceso de adaptación social. Estas limitaciones, y las enormes dificultades que Venezuela, Perú y otras sociedades latinoamericanas enfrentan para adaptarse a un mundo en acelerada transformación, obligan a tener dudas acerca del destino democrático de la región en los próximos tiempos. Es posible que estas democracias "delegativas" e "incompletas" permanezcan así por años, en medio de una tensión entre las tendencias autoritarias de políticos populistas y los esfuerzos de la sociedad por reconstruir canales institucionales de representación y el Estado de Derecho. El resultado final de este proceso se encuentra todavía sujeto a innumerables dudas.☺